

Gilberto Owen Estrada.

*Gilberto Owen en El Tiempo de Bogotá, prosas recuperadas*

(1933-1935), selección, prólogo y notas de Celene García

Ávila y Antonio Cajero, México,

UAEM/Miguel Ángel Porrúa, 2009, 313 pp.

Como miembro de los Contemporáneos, uno de los grupos que más han repercutido en la literatura mexicana, Gilberto Owen Estrada, escritor de viajes inmóviles, escritor con mil nombres, diplomático, poeta, ensayista, selló su destino en la literatura mexicana. Junto a destacados escritores como Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Carlos Pellicer, Jorge Cuesta, Bernardo Ortiz de Montellano y Xavier Villaurrutia –con quien tuvo la más cercana amistad–, vivió una época que, como dice Guillermo Sheridan, fue apasionante y compleja. Este grupo se caracterizó porque sus integrantes supieron mantener su individualidad “aislada”. Quizá la mejor definición acerca del grupo y su peculiar convivencia es la de Torres Bodet, quien se refiere a ellos como un “archipiélago de soledades”.

Cuando se trata de reunir toda la obra de un escritor el procedimiento puede ser diverso, generalmente se parte de lo más conocido y de más fácil acceso; pero, muchas veces, en el intento se dejan a un lado, ya sea por descuido o por ignorancia de su existencia, textos en publicaciones menos conocidas o del extranjero. En México esta tarea, casi arqueológica, tiene una dificultad principal con los escritores de las primeras décadas del siglo xx: los cargos públicos que exigían trasladarse a otros países. Estos viajes podían marcar la obra y vida de un escritor, puesto que en ellos se conocían otras perspectivas y enfoques acerca de la literatura, y se establecían nuevos vínculos con otras culturas y tradiciones. Esto se podía manifestar radicalmente en la exacerbación del sentimiento nacionalista, el abrazo al cosmopolitismo, o en nuevas reflexiones religiosas, políticas, literarias, etcétera.

Ahora bien, la vida y obra de Owen ha sido, hasta cierto punto, hermética en comparación con la de sus congéneres; su obra está marcada por un uso de metáforas impenetrables que, sin embargo, envuelven al lector en la intriga, incitándolo para descifrar lo minuciosamente codificado. Lo que se sabe de su vida se debe a testimonios y documentos que se han recolectado, pero cuyos datos se ponen en duda por las declaraciones y artificios, un tanto maliciosos, del mismo Owen.

En *Gilberto Owen en El Tiempo de Bogotá, prosas recuperadas (1933-1935)*, obra editada por la Universidad Autónoma del Estado de México y Miguel Ángel Porrúa, Celene García Ávila y Antonio Cajero presentan, basados en una investigación hemerográfica de talla titánica, una reconstrucción de los pasos del viajante por países sudamericanos.

En el libro se menciona el viaje de Owen, que tiene inicio en 1928, cuando comienza su carrera consular, y se traza la ruta por diferentes ciudades de Estados Unidos, para después llegar a Lima, Perú, en 1931, donde toma posesión del cargo consular. Después de un año tiene que partir hacia Ecuador por las acusaciones de intervención en asuntos internos del país anfitrión. En Guayaquil, por segunda vez, es destituido de su cargo, dado que seguía inmiscuido en asuntos de política peruana. Por fin, a finales de 1932 se traslada a Bogotá, Colombia, donde reside hasta 1942, año en que viaja a México. En 1944, regresa a Colombia para después viajar a Estados Unidos. Este fue el último viaje de Owen al país sudamericano.

También, y de una manera concisa, esta obra presenta eventos relevantes de la vida de Owen en Colombia, como su boda, el nacimiento de su hija y la inauguración de la Librería 1936, así como las amistades que el escritor privilegió. Del mismo modo, muestra un Owen comprometido con ideales apristas, dueño de un espíritu izquierdista ajeno a la mayoría de sus contemporáneos mexicanos.

Además de que se traza el viaje que Owen realiza por diferentes países sudamericanos, la médula del libro es el viaje estático de un periodo que comprende de 1933 a 1935, en el cual participa en *El Tiempo*, periódico colombiano, como traductor de cables, articulista y cronista.

Un motivo principal rigió el libro: el de “borrar la imagen de Owen como oscuro traductor de cables, que hace pensar en una labor vicaria y aburrida” (p. 12). Por eso los investigadores abren la discusión sobre lo que se podría considerar la obra oculta de Owen; textos que, a pesar de su independencia estilística, permiten delinear un ingenio juguetón y atrevido, impregnado de la ironía más mordaz y sutil. Conscientes de los “3 000 personajes que se resumen en Gilberto Owen” los investigadores dividen los textos en seis secciones y tres anexos.

La primera sección reúne los artículos firmados con su nombre, la abreviatura *G. O.* y uno que plasma su nombre invertido. Son textos sobre acontecimientos mundiales (información a la que Owen tenía acceso por ser el traductor de cables) trastocados con un sentido del humor que desvelaba el compromiso social y la postura del escritor en cada uno de los asuntos.

A partir de la segunda sección, denominada “Al margen del cable”, el trabajo de atribución se debe a la deducción, que, no obstante, se basa en argumentos bien estructurados por parte de los investigadores. En esta sección, se presenta una serie de textos con información universal cablegráfica que la United Press mandaba exclusivamente a *El Tiempo*. De manera particular, Owen remite al lector sobre noticias acerca del individuo común –dejando, aparentemente, a un lado la noticia política importante– para poner énfasis en la injusticia que atenta contra la paz y la libertad.

La serie “Suceso” conforma la tercera sección; aquí, Owen trabaja textos amenos y humorísticos que, además de presentar una noticia, hacen reflexionar al lector. De una manera aguda, y a partir de acontecimientos cotidianos, aborda temas que explotan los sentimientos humanos más profundos. El escritor se ve cómodo en ese terreno, que supo manipular hasta hacerlo propio.

La cuarta serie, “Escenas grotescas”, revela a un humorista consumado que oscila a placer entre lo sutil y el ataque directo y descarnado. Presenta, como todos los humoristas tienden a hacerlo, lo más bajo de

las tendencias humanas, pero de una manera que apela a la reflexión por medio de lo grotesco. Uno de los textos de más valía, por el uso preciso de la hipérbole y el humorismo descarnado, “La niña que murió de asco”, se encuentra en esta serie.

Las secciones “Max Carón” y “Don Xavier Paradox” son series que salen en la sección de “Crónicas” de *El Tiempo*, son contemporáneas y ambas versan, de manera ensayística, sobre acontecimientos cotidianos. Sin duda, aquí, el informar ya no es un elemento primario; se privilegian las cabriolas creativas.

Los primeros dos anexos, por su parte, son de textos atribuibles a Owen, aunque los argumentos no fueron suficientes para hacer tal afirmación (tal vez porque se muestran más rígidos que el resto de los textos al privilegiar la noticia sobre la forma). Aun así, si se toman en consideración, redondean la imagen que se ha ido creando del autor. El último anexo presenta noticias acerca Gilberto Owen y una respuesta a uno de sus artículos.

Al ser la obra una de las mejores formas para romper el hermetismo de un escritor, *Gilberto Owen en El Tiempo de Bogotá, prosas recuperadas (1933-1935)*, se presenta como una piedra angular para completar la imagen del poeta, traductor, ensayista, periodista y aficionado a los seudónimos. Es una obra que debe complacer hasta los owenianos más exigentes.